

*Ramón Meza • Aniceto Valdivia • Aurelia Castillo de González •
José de Armas y Cárdenas (Justo de Lara) • Ángel Luzón • Julio
Rosas • Manuel S. Pichardo • Cirilo Villaverde • Francisco Cal-
cagno • E. Sánchez Fuentes y Peláez • Manuel Moré (M. Remo)
• Enrique Hernández Miyares • Héctor de Saavedra • Ramón A.
Catalá • Bernardo Costales y Sotolongo • Antonio Zambrana •
Pedro Giralte • Pedro Molina • José Tamayo y Lastres*

CUENTOS DE LA HABANA ELEGANTE

edición, introducción y notas críticas:

Jorge Camacho,

Rocío Zalba y Hugo Medrano

Copyright foreword & notes © Jorge Camacho, Rocío Zalba y Hugo Medrano
of this edition © Stockcero 2014
1st. Stockcero edition: 2014

ISBN: 978-1-934768-76-1

Library of Congress Control Number: 2014947400

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

ÍNDICE

<i>Los cuentos de La Habana Elegante</i>	vii
JORGE CAMACHO	
<i>Obras citadas:</i>	xix
<i>Al lector</i>	1
<i>Los dos Lentes</i>	3
RAMÓN MEZA	
<i>Dos opiniones</i>	19
ANICETO VALDIVIA	
<i>Un cuento de Francisca</i>	27
AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ	
<i>Cuento viejo</i>	37
JUSTO DE LARA	
<i>Las medias naranjas</i>	45
ÁNGEL LUZÓN	
<i>La estrella verde</i>	55
JULIO ROSAS	
<i>Cuento que pica en historia</i>	69
MANUEL S. PICHARDO	
<i>Confesión de un marinero náufrago</i>	75
CIRILO VILLAVERDE	
<i>El non plus ultra de la amistad</i>	81
FRANCISCO CALCAGNO	

<i>La caña de pescar</i>	93
E. SÁNCHEZ FUENTES Y PELÁEZ	
<i>Belleza, ¿dónde estás?</i>	99
MANUEL MORÉ	
<i>Tres poemitas</i>	107
ENRIQUE HERNÁNDEZ MIYARES	
<i>La última página</i>	111
HÉCTOR DE SAAVEDRA	
<i>Amor inconstante y amistad fiel</i>	119
RAMÓN A. CATALÁ	
<i>Por una, otra</i>	131
BERNARDO COSTALES Y SOTOLONGO	
<i>Cuento griego</i>	137
ANTONIO ZAMBRANA	
<i>El padre Amado</i>	141
PEDRO GIRALT	
<i>Las tres cruces</i>	153
PEDRO MOLINA	
<i>Pilón con cuero</i>	171
JOSÉ TAMAYO Y LASTRES	
<i>Nuestro catálogo</i>	177
<i>Catálogo de libros de autores cubanos</i>	181
<i>Autores</i>	199

LOS CUENTOS DE LA HABANA ELEGANTE

JORGE CAMACHO

University of South Carolina-Columbia

Los cuentos que se publican en este volumen aparecieron originalmente en la revista literaria *La Habana Elegante*, una de las publicaciones literarias más importantes de Cuba, que se convirtió a su vez en un portavoz del modernismo hispanoamericano. Esta revista, dirigida por Hernández Miyares reunió en sus páginas un número importante de colaboradores, los más famosos de ellos, Julián del Casal y José Martí, y proveyó a sus lectores con una literatura dinámica y moderna que marcó un hito en las letras cubanas. En 1887, los editores de la revista publicaron un volumen con esos cuentos, que desde entonces no han aparecido en otra antología. Caso lamentable porque el libro publicado por ellos fue el primero dedicado a este género literario en Cuba. Habría que esperar doce años más para que Esteban Borrero Echeverría publicara su colección de cuentos *Lectura de Pascuas* (1899) algunos que incluso salieron con antelación en *La Habana literaria*, otra revista también dirigida por Miyares.¹

Con vistas a reconstruir, entonces, la historia del cuento en Cuba hemos preparado esta antología, con todas las narraciones que aparecieron originalmente, el prólogo de los editores e incluso los libros que estaban a la venta en esta

1. El olvido ha sido tanto que en 1975 ni siquiera Salvador Bueno menciona esta colección en su introducción a la antología del *Cuento Cubano del siglo XIX* y Jorge Fornet en el prólogo al *Cuento cubano del siglo XX*, afirma que este volumen se publicó «a inicios de la década» de 1890 (8).

época. Hemos agregado además esta introducción y unas breves notas sobre la mayoría de los autores que le permitirán al lector saber quiénes eran. En lo que sigue me referiré a alguno de los temas más importantes que aparecen en este volumen y trataré de ponerlos en el contexto más general de la literatura cubana de finales del siglo XIX.

Llama la atención, primeramente, que los autores que aparecen en este volumen casi todos sean periodistas que jugaron un papel fundamental en la composición del campo literario que se formó entre finales de la guerra de los Diez Años (1868-1878) y la de 1895. Entre ellos están veteranos como Cirilo Villaverde, y escritores jóvenes como Ramón Meza, Aniceto Valdivia, Hernández Miyares y Antonio Zambrana. La prosa y los temas de estos cuentos, especialmente el de Julio Rosas, titulado «La estrella verde» se acercan al estilo modernista. Están más preocupados con la sensibilidad literaria o artística que con la cuestión social o la historia. Hablan de sujetos sensibles, absorbidos por su arte o su vida interior, un tema que hereda el modernismo del romanticismo tardío en Europa, en el que abrevan estos autores.

El cuento de Valdivia (1857-1927), además de abundar en imágenes poéticas, trata el tema de la iniciación del artista o del poeta, que en el caso de la Isla, por ser una colonia española, tenía importantes nexos con la política. En su narración Valdivia cuenta cómo cuando era joven y vivía en España, publicó un poema en *El Imparcial*, que recibió una crítica devastadora de uno de los escritores más famosos de entonces, Leopoldo Alas, Clarín. La anécdota, sugiero, es importante porque pone en aviso a los escritores nó-

veles de los obstáculos por los que tenían que pasar para alcanzar la fama, y segundo porque posiblemente sea una anécdota falsa ya que aunque es cierto que Valdivia, cuando vivió en España, publicó poesías y varias traducciones en *El Madrid Cómico*, *La Diana* y otras revistas españolas, no hemos podido encontrar el poema al que se refiere en este cuento. Tampoco hay noticia de un artículo escrito por Clarín sobre un poema del cubano. En cambio sí encontramos una crítica que Valdivia escribió sobre la novela del español, Armando Palacio Valdés, que Clarín después de leerla, le pareció un poco injusta y por la cual ambos escritores riñeron públicamente. La pelea entre los dos, o mejor, entre los tres porque Armando Palacio también intervino en la disputa, se desarrolló en el periódico y llegó a tal extremo que uno llamó «imbécil» al otro, y Valdivia perdió su puesto de redactor en *El Madrid Cómico*.²

Esta rivalidad entre escritores, sin embargo, no era extraña en la época, y mucho menos entre intelectuales que tenían puntos de vista políticos diferentes. Casi, podemos decir, éste era el estado permanente del campo literario finisecular, atravesado por peleas nacionalistas, lingüísticas y estéticas que llenaron las páginas de muchos periódicos y libros durante el apogeo del modernismo. Clarín, por ejemplo, no fue el único que «atacó» a Valdivia por sus opiniones o por haber escrito un «mal» poema. Otro escritor cubano, Emilio Bobadilla, más conocido por el seudónimo de Fray Candil, también lo hizo con tanta saña en su libro *Triquitraques*, que llamó a su colega el «jorobado de la literatura», dueño de una prosa «churrigueresca y malsonante» que le producía el efecto de «un gran collar de cuentas

2. Para más detalles sobre esta disputa véase mi ensayo «El modernismo y el duelo: la polémica entre Aniceto Valdivia y Leopoldo Alas, Clarín» *Hispanic Journal*.

de vidrio multicolores, desgranado sobre un caldero viejo» (79). Bobadilla, quien también fue poeta, novelista y cuentista, criticó a los modernistas por ser «grafómanos» (así titula uno de sus libros). Se burló repetidas veces del lenguaje poético que utilizaban, y su filiación con el naturalismo (al igual que Clarín) le impidió reconocer lo que había de positivo en esta literatura que recién se estaba gestando en Hispanoamérica. Por otro lado, Valdivia, recordemos, fue uno de los grandes animadores del modernismo en Cuba. Escribió poemas donde recreaba la estatuaria griega y fue gracias al baúl de libros que trajo de Europa en 1885, que Julián del Casal tuvo acceso a escritores nuevos y malditos que no se conocían en Cuba (Montero 77).

De modo que cuando leamos estos cuentos debemos prestar atención al contexto más amplio de la política colonial, al diálogo transatlántico y al surgimiento de un nuevo estilo literario, que como sabían todos los modernistas, se funda sobre la base del romanticismo. En este sentido, un cuento clave que aparece en este libro es «La estrella verde», de Julio Rosas, que crea un ambiente denso de imágenes coloridas, tan surreales que nos recuerda la frase de José Martí sobre los «versos joyantes» de Julián del Casal.

Julio Rosas, un autor hoy completamente ignorado y cuyo verdadero nombre era Francisco Puig y de la Puente (1839-1919), fue el artífice de una obra desigual, que incluye la novela antiesclavista *La campana de la tarde; o, Vivir muriendo* (1873) y numerosos trabajos que aparecieron en periódicos en Cuba y los Estados Unidos. En este cuento Rosas resalta un ambiente de estilo esteticista, producido por los reflejos de las perlas, rubíes y esmeraldas que

LOS DOS LENTES

I

Hermanos gemelos

Era aquella noche oscura y tormentosa. Caían gruesas gotas de lluvia que redoblaban fuertemente en los cristales de las ventanas de las casas. Los árboles, como animales bravíos, sacudían con furia sus copas cargadas de agua. El viento huracanado¹ silbaba entre las ramas, gemía en las ruinosas paredes y por todas partes daba espantosos bufidos. Todo estaba profundamente sombrío. Sólo cuando los rayos desgarraban el seno de las nubes bajas y veloces, su luz deslumbradora y vívida caía sobre los árboles, las casas, las colinas, los arroyos y lagunatos esparcidos por la llanura y lo iluminaban todo, un instante con espléndidas claridades de mediodía. Luego quedaba todo más oscuro aún. Y truenos repetidos hacían trepidar el suelo y vibrar siniestramente los cristales.

Pero ni Luís ni Emilio se ocupaban de aquella tempestad deshecha. Sentado uno al lado del otro, ante su mesa de estudio, se entretenían en leer un gran libro de corte dorado que recibía de lleno la luz de la lámpara colgada en medio de la habitación. Cuando el viento o la lluvia hacían mucho ruido en las ventanas contentábanse los dos jóvenes con alzar perezosamente la vista, para convencerse de que permanecían cerradas y seguían tranquilos su lectura.

Luís y Emilio eran hermanos gemelos: tenían quince

1 Dice «ahuracanado» en el original.

años. Precisamente aquel mismo día, terminados ya sus estudios de segunda enseñanza, habían salido del colegio, para no volver jamás a él.

Parecían dos ángeles: sus ojos azules, sus cabellos rubios y crespos, su cutis sonrosado, y más que todo, la encantadora e infantil sonrisa que vagaba por sus lindos labios, revelaban toda la inocencia y el candor de sus almas. Nada más que sus padres y los amigos habituados a tratar cotidianamente a los dos jóvenes, podían distinguir al uno del otro sin equivocarse: pues sus rostros, por su semejanza, eran una reproducción casi perfecta. El carácter de los dos hermanos era el mismo: acariciaban ambos las más halagadoras esperanzas. Su candorosa fantasía hacía les entrever algo así como un mundo lleno de flores, de luz, de perfumes y de aromas. Una especie de hermoso país poblado de ancianos, robustos de semblante hermoso, de blanquísimas canas, de larga barba, predicando siempre bajos los árboles del campo el deber, la virtud y el amor. País donde no habría más moneda que la del cariño: de él se servirían los hombres mejor que de las viles rodajas de oro y plata causa de tantas miserias y avaricia. Ese país hermoso, lleno de jardines y de encantadores lugares lo recorrerían ellos, de extremo a extremo, llevando del brazo una esposa querida para quien siempre tendrían rosas y jazmines al alcance de la mano, y nidos de pájaros con que obsequiarla y castos besos que ella recibiría con los ojos húmedos de ternura y el pecho henchido de amor. La bondad sería la cualidad predominante en todos los hombres. No habría pobres. Y los que disfrutasen de muy contados bienes estarían contentos con su suerte.

Muchas veces Luís y Emilio se comunicaban estos pensamientos:

-Yo tendré un gran palacio, decía Luís, un ala de él será para ti y tu esposa; y la otra, para mi esposa y para mí. Nos amaremos mucho. Jamás habrá rencillas entre nosotros. Los criados nos tendrán cariño y respeto.² Nuestros amigos no nos darán nunca que sentir. Todos pareceremos hijos de una misma madre.

-Sí, contestaba Luís, y por las tardes saldremos a visitar nuestros vecinos que habitarán felices y contentos sus casas esparcidas por la campiña. Los hombres nos confiarán sus penas; y las mujeres confiarán las suyas a nuestras esposas. Nosotros aliviaremos con dádivas y consejos sus pesares. Y a la hora del crepúsculo, cuando comiencen a asomar las primeras estrellas, nos arrodillaremos en mitad del campo, y con la cabeza descubierta, las manos enlazadas y los ojos fijos en el cielo, rezaremos.

¿Dónde estaba ese país? ¿Cuándo gozarían de sus venturosas costumbres? Ésta era una duda que no se³ le había ocurrido ni a Emilio ni a Luís: estaban convencidos de que ese país existía y de que vivirían muy pronto en él.

Y aquella noche en que soplabla con tal furia el viento y caía a torrentes la lluvia, Luís y Emilio, entretenidos con la lectura de *Las mil y una noches*,⁴ que tal era el título de aquel libro de corte dorado, abierto sobre la mesa y que recibía de lleno la luz de la lámpara, creían ver más real y más cercano aquel país venturoso de aromas, perfumes, vírgenes y flores donde correrían apacibles y serenos, sin que pesar alguno los turbase, los días más bellos de su vida.

Por eso, poco les preocupaban los mugidos del viento

2 Cuba dejó de ser una sociedad esclavista un año antes, en 1886.

3 Falta la frase «no se» en el original.

4 *Las mil y una noches*, cuentos del Medio Oriente, de gran imaginación y popularidad. Este mismo libro se menciona más adelante en «un cuento de Francisca».

ni el ruido de la lluvia torrencial. Las gruesas paredes de la habitación les defendían de la furia del huracán; y los cristales de las ventanas, de la humedad de la lluvia.

Dentro de la habitación, alumbrada por la lámpara, no se oía más ruido que el que hacían al doblarse las hojas del libro.

De repente un violento impulso abrió una de las ventanas de la habitación: sus vidrios estallaron, sus aldabas volaron quebradas en mil pedazos. Y los asombrados hermanos vieron destacarse, sobre el fondo sombrío de la noche, la silueta de dos seres que nada tenían de humanos. Uno tenía alas rizadas y transparentes, un rostro hermoso, una sonrisa arrobadora y lo rodeaba, como grande aureola una claridad semejante a la del cielo cuando está más azul y transparente: era un ángel. El otro de rostro repugnante, de sonrisa maliciosa, de alas negras y puntiagudas como las del murciélago, despedía de sí una fosforescencia de color verdoso como la del azufre en combustión: era un demonio. Ambos lucharon un instante en la ventana para entrar primero, más convencidos de que tenían igual potencia, transigieron y entraron juntos.

El ángel se dirigió a Luís y le colocó sobre los ojos un lente de armadura de oro y vidrios blancos.

El demonio se dirigió a Emilio y le colocó sobre los ojos un lente de armadura de hierro y vidrios negros.

El ángel dijo a Luís:

—Es preciso que recorras el mundo: mañana sal de aquí, toma el camino de la derecha y sigue siempre en esa dirección. Jamás te quites de los ojos ese lente que te he colocado en ellos. Adiós.

Y luego estrechando la mano de Luís, se dirigió a la ventana y voló.

El demonio dijo a Emilio:

—También tú debes recorrer el mundo: mañana sal de aquí, toma el camino de la izquierda y síguelo sin temor. Nunca te quites de los ojos ese lente negro que te he puesto. Me voy.

Después el demonio estrechó la mano del joven, se dirigió a la ventana y poniéndose de pie sobre la baranda se tiró de cabeza hacia abajo.

Luís miró a su hermano Emilio; Emilio miró a Luís y nada se dijeron. Ambos se creyeron víctimas de una alucinación. Cerraron el libro, apagaron la luz y se acostaron.

El día siguiente muy temprano, antes de que sus padres se despertaran, salieron Luís y Emilio de la casa arrastrados por un deseo irresistible de ver el mundo. Luís tomó a la derecha. Y Emilio a la izquierda.

II

El lente blanco

Los primeros albores del día iban ya clareando el cielo. La lluvia de la pasada noche había sido muy beneficiosa al campo. Las hojas de los árboles, frescas y lustrosas, lucían sus matices de esmeralda. Los pájaros, después de las incomodidades y peligros de aquella noche de tempestad, cantaban con más fuerza, erizaban sus plumas y abrían sus alas para recoger ávidamente los cálidos y primeros rayos de sol. La naturaleza toda presentábase, al joven viajero Luís, encantadora, risueña.

Luís vio una linda casa en medio de terrenos primorosamente cultivados y se acercó. Varios niños de moreno rostro, pelo negro como el azabache y ojos grandes y bellísimos retozaban en la mojada yerba sobre la cual pacían mansas vacas y ovejuelas. No pudo resistir Luís el deseo de entrar en aquella casa. A pesar de ser tan de mañana todos se hallaban ya en pie. Una madre, joven y feliz, lactaba, al lado de dorada cuna, un lindo pequeñuelo. Una bella joven, como de diez y seis años, daba lecciones de piano a una hermanita suya como de siete. En el comedor, sobre la mesa, veíanse apilados los manteles, vajillas y cubiertos que debían servir para el almuerzo. El amo de la casa, el esposo de aquella madre joven, y padre de aquellos lindos niños, escribía sonriendo en su bufete entre estantes de libros de corte dorado y perfectamente encuadernados. Cuadros, magníficos muebles, jarrones llenos de flores, lámparas en las que destellaban los transparentes prismas

heridos por el sol, espejos finísimos; todo indicaba que aquella era una morada de seres dichosos y que gozaban de la abundancia y del bienestar. Luís halló la más franca hospitalidad. Pero no quiso detenerse ahí muchos días y siguió andando.

Vio muchos pueblos ricos y prósperos que decidían sus cuestiones internacionales por el arbitraje. No había soldados: los ciudadanos en vez del fusil empuñaban el rastro y la azada. Visitó exposiciones, museos, monumentos grandiosos, templos llenos de suntuosidad y riquezas. Los sacerdotes fomentaban las creencias religiosas con la palabra y con el ejemplo. Los legisladores y jueces, inclinados a la compasión y la benevolencia, sin menoscabo de la justicia, daban sabia y rectamente a cada uno su derecho. Los delincuentes eran conducidos a penitenciarías, verdaderos institutos de corrección, en donde se les instruía y corregía: de allí salían todos arrepentidos de sus faltas y mejorados moralmente. Los ciudadanos alcanzaban los altos puestos de la república sin padrinazgos ni influencias, sino por su aptitud y méritos individuales.

Luís, al recorrer tantos países, no vio un solo divorcio, porque el más santo y puro amor presidía en cada hogar. Los padres amaban entrañablemente a sus hijos y estos veneraban a sus padres. Los esposos jamás reñían. Las suegras eran complacientes y dadivosas. La felicidad de los hogares se trasmitía a la sociedad. Jamás oyó murmurar a los vecinos, unos de otros. Entre las familias no había envidia ni celos. No existían títulos de nobleza: el escudo que ostentaban orgullosamente todos los hombres sobre su pecho eran la dignidad y la honradez. El recato era la más

eficaz salvaguardia del honor de las mujeres. Los hombres de ciencia discutían siempre respetando sus diversas opiniones. Los literatos se aplaudían unos a otros y se animaban cordialmente a producir obras. Los músicos se abrazaban. Los pintores se estrechaban fuertemente las manos y los escultores admiraban sin recelo sus estatuas.

¿Qué vio Luís, en fin, que no le encantase y no le mantuviera en la más feliz disposición de ánimo? Bailes, teatros, paseos, banquetes, fiestas, en todas partes estaba y siempre salía gozoso. ¡Qué inmensa dicha repartida en la sociedad y los hombres!

Luís llegó a viejo contemplando el mundo a través de su lente blanco. ¡Era un bendito de Dios!

III

El lente negro

Aún no había iluminado el sol aquella parte del cielo donde se acumulaban espesas, grises y amenazadoras, enormes masas de nubes. Por todo el campo se veían terribles señales de la violencia de la tormenta: los árboles desarraigados, los cultivos esparcidos, los caminos fangosos é interrumpidos por devastadores torrentes. Cuando los pálidos y tristes rayos del sol de aquella mañana pudieron romper el espeso velo de nubes que cubría el cielo, fue tan sólo para infundir más horror en aquella vasta comarca desolada. Bestias ahogadas, casas ruinosas, bosques talados. Y completaban esta entristecedora perspectiva bandadas de negros y nauseabundos cuervos que batían alegremente sus alas y asordaban con sus desapacibles y roncós graznidos. La naturaleza se presentaba muy sombría, al joven viajero Emilio.

Lo que llamó con más ahínco su atención, fue una pobre vivienda situada en medio de terrenos estériles, cubiertos de zarzas e inundados. Fuera de la casa se hallaban apilados desordenadamente varias mesas, sillas, una pobre cuna y otros muebles mugrientos y desvencijados. Dos alguaciles empujaban brutalmente a un anciano que se resistía a abandonar, en aquella mañana húmeda y fría, su pobre vivienda; más convencido de la impotencia de sus esfuerzos se rindió, al fin, el pobre viejo, y cayendo de rodillas sobre el fango se arrastraba suplicando a aquellos hombres crueles que le dejaran permanecer siquiera tres

días más, bajo aquel techo querido en que había pasado toda su vida. Una mujer demacrada, débil y enferma lloraba y suplicaba también estrechando contra su agotado pecho un niño débil y le arropaba entre sus harapos para resguardarlo del aire húmedo. Emilio, compadecido ante aquel cuadro de miseria, se acercó para tratar de socorrer a aquella familia desgraciada. Los alguaciles le volvieron la espalda. Y los infelices desahuciados, tomándole, quizá, por el propietario de aquella casa y de aquellas tierras, le insultaron y le apedrearon.

Emilio siguió andando. Y vio pueblos arruinados que se batían con otros pueblos vecinos, y desgarraban sus entrañas con la guerra civil. Los ciudadanos, apenas arribaban a la pubertad, eran sorteados para cubrir las filas de los ejércitos diezmados. Pocas escuelas y universidades; muchos cuarteles y fortalezas. Y las hojas de los libros se arrancaban para atacar fusiles. Visitó cementerios, anfiteatros, minas, canteras donde con un grillete al pie y un pico en la mano, atados por la cintura y a distancia vertiginosa del suelo, trabajaban hombres que al cabo morían de fiebre o de insolación. Vio plazas de toros, vallas de gallos y reñir hombres á puñadas. Los templos eran mezquinos. Los sacerdotes eran los peores enemigos de la religión por sus predicaciones funestas y su conducta escandalosa. Los jueces eran corrompidos y venales: ante ellos tenían, sin disputa, más derechos, los más ricos y poderosos. Los delincuentes se depravaban en las cárceles, donde en apiñada y horrible confusión, había hombres feroces que confraternizaban para cometer, en lo adelante, mayores crímenes. Los ciudadanos de talento, se hallaban pospues-

tos en los empleos públicos por los ambiciosos y los intrigantes que contaban siempre con padrinos y valiosas influencias.

En los matrimonios, jamás encontró Emilio paz ni sosiego: cada hogar era un infierno. Se pedía a gritos el divorcio, y los legisladores no tuvieron más remedio que consentirlo. Los padres castigaban y maltrataban a sus hijos; y estos huían del lado de sus padres. Los esposos andaban constantemente a las greñas. Las suegras eran intrusas e insoportables. Las familias guardaban rencores tradicionales y hasta se armaban y tenían hombres asalariados para guerrear unas con otras.

En todas las naciones que visitó Emilio, pudo observar que cada una de ellas tenía por enemiga a su vecina, que sus propias provincias odiaban a las otras provincias limítrofes, que las ciudades odiaban las ciudades, las aldeas⁵ tenían declarada guerra a las aldeas cercanas, los vecinos a los vecinos y entre los familiares o inquilinos de cada vivienda había rencillas, odios, enemistades, tragedias, disputas. La nobleza, aunque fuera reciente y de relumbrón, alzaba con altivez la cabeza sobre las otras clases. No podía hacerse ningún negocio por falta de honradez, y sobra de mala fe. No se respetaban las mujeres: cada cual se creía con derecho a requebrarlas. Los hombres de ciencia no se avenían y se trataban de estúpidos en libros, conferencias y periódicos. Los músicos no se reunían más que en la orquesta, bajo la batuta del director, especie de vara mágica. Los comerciantes eran todos una cáfila de contrabandistas y usureros. Ni un solo literato encontraba aceptable la obra de otro literato. Los pintores jamás se dirigían un

5 Dice «ladeas» en el original.

AUTORES

MEZA, Ramón (La Habana, 1861-1911).

Novelista, cronista, y profesor. En 1884 comenzó a colaborar en *La Habana Elegante*, de la cual fue redactor. Colaboró también en otras publicaciones de la época como *Cuba y América*, *La Ilustración Cubana*, *Revista Cubana*, *El Triunfo*, *La Correspondencia de Cuba*, *Patria*, *Diario de la Marina*, y *El Fígaro*. Firmó con los seudónimos R.E.Maz y Un redactor. Sus novelas principales fueron *El duelo de mi vecino. Novelas por R. E. Maz* (seud.). (La Habana, *La Propaganda Literaria*, 1886). *Carmela*. (La Habana, *la Propaganda Literaria*, 1887) y la más conocida, *Mi tío el empleado*. (Barcelona, Imp. de Luis Tasso, 1897).

VALDIVIA, Aniceto (Sancti-Spíritus, 1857-1927).

Poeta, cronista, dramaturgo, y traductor del francés. Cursó segunda enseñanza en Santiago de Cuba y Derecho en Santiago de Compostela. Colaboró en publicaciones españolas como *El Globo*, *El Pabellón Nacional*, *El Madrid Cómico*, *Los Lunes de El Imparcial*. Estrenó con gran éxito *La ley suprema* (Madrid, Impr. de P. Abienzo, 1882) drama en tres actos y en verso. En Puerto Rico dirigió la «Hoja Literaria» de *El Asimilista* y también publicó una serie de artículos críticos sobre los primeros escritores en prosa y verso de Puerto Rico. En Cuba colaboró en *El País* y *La Habana Elegante*. Fue amigo de Julián del Casal, Ru-

bén Darío, los hermanos Uhrbach y Juana Borrero. Gran promotor del Modernismo en Cuba. Usó los seudónimos Antonio Vico, Conde Kostia, Kond Kostya y VLDVIA. Escribió *Pequeños poemas. I. Melancolía (Paráfrasis)* (La Habana, Imp. de Rambla y Bouza, 1904). *Pequeños poemas. II. Los vendedores del templo (Paráfrasis)* (La Habana, Imp. de Rambla y Bouza, 1904). Algunas de sus crónicas están recogidas en el volumen *Mi linterna mágica*, por Conde Kostia (sed.) (La Habana, Ministerio de Educación. Instituto Nacional de Cultura, 1957).

CASTILLO, Aurelia (Camagüey, 1842-1920).

Poetisa, cuentista, periodista y traductora del italiano. Colaboró en numerosos periódicos tanto en España como en Cuba. Entre ellos están la revista Cádiz, la Crónica Meridional de Almería y El Eco de Asturias. En Cuba colaboró en Revista de Cuba, Revista Cubana, y La Habana Elegante. Entre sus libros más conocidos están *Biografía de Gertrudis Gómez de Avellaneda y juicio crítico de sus obras* (La Habana, Imp. de Soler, Álvarez, 1887), el libro de viajes, *Un paseo por Europa. Libro de viajes. Cartas de Francia (exposición de 1889), de Italia y de Suiza.* (La Habana, La Propaganda Literaria, 1891) y *Cuentos de Aurelia* (La Habana, Imp. de Rambla y Bouza, 1912).

ARMAS Y CÁRDENAS, José de (La Habana 1866-1919).

Periodista, novelista y crítico literario. En 1884 obtuvo el título de Licenciado en Derecho Civil y Canónico en la Universidad de la Habana. Colaboró en periódicos de

Cuba, Madrid, Londres y los Estados Unidos, entre ellos The New York Herald, The Sun, La Lucha, Revista Cubana, El Fígaro, Diario de la Marina, La Prensa, La Discusión, Cuba y América, y otros. Utilizó el seudónimo Justo de Lara. Entre sus obras más conocidas están *El Quijote de Avellaneda y sus críticos*. (La Habana, Ed. M. de Villa, 1884), *Las armas y el duelo*. Carta dirigida al Sr. D. Manuel Cardenal y Gómez, maestro de esgrima, por Uno de sus discípulos. (La Habana: Imp. La Tipografía, 1886) y *Ensayos críticos de literatura inglesa y española*. (Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1910). Algunos de sus artículos fueron recogidos después de su muerte bajo el título *Treinta y cinco trabajos periodísticos*. (La Habana: Publicaciones de la Secretaría de Educación. 1935).

ROSAS, Julio (Habana, 1839-1917).

Periodista y novelista. Su verdadero nombre era Francisco Puig y de la Puente. Conspiró contra la metrópoli española durante la colonia y escribió varios artículos sobre reforma en Cuba. Publicó la novela *La campana del ingenio*, novela abolicionista en el semanario habanero La Razón (1883-1884), y luego la publicó, de forma independiente, bajo el título *La campana de la tarde; o, Vivir muriendo. Novela cubana*. 3 t (La Habana: Imp. El Altar de Guttemberg, 1873). Otras de sus redacciones con ídoles sentimentales y abolicionistas es *Lágrimas de un ángel* (Habana, Establecimiento Tipográfico la Cubana, 1861). Colaboró en diversas revistas habaneras entre ellas El Eco del Comercio, El Gorro Frigio, El Curioso Americano. Emigró a los EEUU al estallar la Guerra de Independencia de 1895.

PICHARDO Y PERALTA, Manuel Serafín (Santa Clara, 1863-1937).

Cronista y poeta. Doctor en Leyes por la Universidad de la Habana. Colaboró en diversas revistas, entre ellas *El Fígaro* (1885) de la que fue fundador, junto con Ramón A. Catalá. Escribió *La ciudad blanca. Crónicas de la Exposición Colombiana de Chicago*. Prefacio de Enrique J. Varona. (La Habana: Imp. La Propaganda Literaria, 1894), y *Cuba a la República. Poemas en dos cantos*. Con una carta de Diego Vicente Tejera. (La Habana: Tipografía El Fígaro, 1902). Sus escritos aparecieron con el seudónimo El Conde Fabián.

VILLAVERDE, Cirilo (Pinar del Río, 1812-1894).

Periodista, cuentista, traductor y uno de los novelistas más importantes de Cuba. Participó en las tertulias literarias de Domingo del Monte. Colaboró en numerosas revistas como *Recreo de las Damas*, *Aguinaldo Habanero*, *La Cartera Cubana*, *Flores del Siglo*, *La Siempreviva*, *El Álbum*, *La Aurora*, y *El Artista*. Su novela más conocida es *Cecilia Valdés; o, La Loma del Ángel*. Novela cubana. T. 1. (La Habana, Imp. Literaria, 1839), cuya edición definitiva apareció en 1882 en New York, bajo el título *Cecilia Valdés; o, La loma del Ángel. Novela de costumbres cubanas*. Imp. de El Espejo.

CALCAGNO, Francisco (Habana, 1827-1903).

Novelista, poeta, traductor, lexicógrafo y articulista. Colaboró en periódicos como *La Unión*, *El Progreso*, *La Habana*, *El Faro Industrial*, *El País* y *La Habana Litera-*

ria. Publicó una colección de poemas titulada *Poetas de color*, (La Habana, Imp. Mercantil, 1878; Id., 1887) con versos de Plácido, Manzano, y los suyos propios bajo el seudónimo de Moreno esclavo Narciso Blanco. Entre sus obras principales se cuentan *Mesa revuelta. Colección de artículos de amena literatura, opúsculos, juicios críticos, historietas, novelas, folletines, revistas viejas y otras muchas cosas*. (La Habana, Est. Tip. La Antilla, 1860). *Poesías del negro esclavo Narciso Blanco*, 1864, y las novelas *Los crímenes de Concha. Escenas cubanas*. (La Habana, Imp. de E. L. Casona, 1887) y *Mina. La hija del presidiario. Novela cubana histórica*, (Barcelona, Est. Tip. de J. Famades, 1896).

SANCHEZ DE FUENTES Y PELAEZ, Eugenio. (Barcelona, 1826-1896).

Originario de España. Novelista, dramaturgo, ensayista, poeta y abogado. En 1861 se trasladó a América, con un cargo gubernamental. En 1877 publicó en la Habana, una segunda edición de su obra dramática titulada *Colón y El Judío Errante* (La Propaganda Literaria). A esta obra teatral se le suman ocho más, incluso inéditas. Su robusta oda *A Cervantes* publicada en el 269 aniversario de su muerte fue reproducida por la Revista Cubana y muy bien recibida por sus contemporáneos, abriéndole las puertas de la Real Academia Española. Uno de sus ensayos más valorados es, *Determinacion del genero literario en que aparece «El Quijote» y significacion artistica, cientifica y critica de esta obra*. (Habana: La Propaganda Literaria, 1888)

MORÉ, Manuel. Periodista. Autor del libro *Prosa* (La

Habana: La Pluma de oro, 1893.), una recopilación de artículos, fábulas, y chistes sobre diversos temas. Firmaba como M. Remo.

HERNÁNDEZ MIYARES, Enrique (Santiago de Cuba, 1859- 1914).

Cronista, periodista, poeta y director de La Habana Elegante a partir de 1888. Codirigió también junto con Alfredo Zayas La Habana Literaria (1891). Fue un gran amigo de Julián del Casal. Emigró a los EEUU al estallar la Guerra de Independencia en 1895 y regresó a Cuba un año después de instaurada la República. Colaboró en los periódicos La Discusión y El Fígaro. Utilizó los seudónimos Grisóstomo, Hernán de Henríquez y Juan de Jiguaní. Sus escritos aparecen recogidos en *Obras completas de Enrique Hernández Miyares*. I. Poesías. (La Habana, Imp. Avisador Comercial, 1915), y *Obras completas de Enrique Hernández Miyares*, II. Prosas. (La Habana, Imp. Avisador Comercial, 1916).

CATALÁ, Ramón A (La Habana, 1866-1941).

Editor del El Fígaro (1909-1929), cofundador de Heraldo de Cuba (1913) y colaborador de La Lucha y Diario de la Marina. Escribió *Divagaciones sobre la novela* (La Habana, Imp. El Siglo XX, 1926). Utilizó los seudónimos Fabián Conde, Chroniqueur, Fígaro, Lucas Gómez y Mlle. Nitouche.

COSTALES Y SOTOLONGO, Bernardo (Matanzas, 1850- ¿?).

Redactor, junto con Juan Ignacio de Armas, de *El*

Museo (La Habana, 1882-1884), semanario ilustrado de literatura, artes, ciencias y conocimientos generales. Colaboró en *La Razón*, *La Guirnalda Cubana*, *La Aurora*, *La Infancia*, *El Palenque Literario* y *El Trabajo*, entre otros. Fue cofundador de *El Hogar*, periódico ilustrado y escribió una comedia titulada *Un mal padre y un buen hijo*. Publicó la obra de teatro *Deshonra que glorifica. Drama en tres actos* (Habana: Imprenta Mercantil, 1887).

ZAMBRANA Y VÁZQUEZ, Antonio (La Habana, 1846-1922).

Cronista, ensayista, novelista, abogado y orador. Participó activamente en las guerras de independencia. Viajó por Hispanoamérica, donde hizo campaña independentista y conoció a importantes figuras como Rubén Darío, sobre el que ejerció influencia. Escribió la novela abolicionista *El negro Francisco. Novela*. (Santiago de Chile, 1873). A su regreso a Cuba, formó parte del Partido Autonomista y fundó el periódico *El Cubano*. Escribió artículos políticos, de arte y filosóficos. Colaboró en los periódicos *El Fígaro*, *La Discusión*, *La Lucha*, *El Siglo*, *El País* y otros. Algunos de sus trabajos están recogidos en el volumen *Ideas de estética, literatura y elocuencia*. (San José: Tipografía Nacional, 1896) y *La poesía de la historia. Miscelánea*. (San José de Costa Rica, Imp. Española, 1900)

TAMAYO LASTRES, José. Autor de unos apuntes para la historia de Manzanillo titulado *Ataque a Manzanillo por dos buques corsarios en el año 1819* (La Habana: Imprenta La Habanera, 1909).

GIRALT, Pedro. Redactor de la *Habana Elegante*
Escribió *Guadalupe: relacion contemporanea*. (Habana:
La Universal, 1886)

SAAVEDRA, Héctor de. Periodista. Colaboró con diferentes revistas y diarios en Cuba, como El Fígaro, Diario de la Marina, La Habana Elegante, La República Cubana y La Discusión. Utilizó los seudónimos como Fleur de Chic, María Victoria, Yax y Fieramosca,

LUZON, Ángel. Poeta y periodista.